

Miércoles III del TO Ciclo B



24 de enero de 2024

2Sam 7, 4-17

Sal 88

Mc 4, 1-20

P. Eduardo Suanzes, msp

La intención que tiene Jesús a proponer parábolas en sus enseñanzas es la de forzar a los oyentes a escuchar y reflexionar.

El acento en la parábola del evangelio de hoy recae sobre la calidad de los terrenos y el resultado que se sigue. El relato expone la suerte que, según la disposición de cada individuo, puede correr el mensaje del Reino que va a proponer Jesús.

El sembrador del cuento, naturalmente es Jesús, pero su protagonismo queda en segundo plano. La atención se centra, en cambio, en una serie de sucesos, bien elegidos y agrupados, que afectan a la semilla.

Las vicisitudes de la semilla, lo que pasa con ella, no se presentan como éxitos o fracasos del sembrador. Este siembra la misma semilla, pero en el campo hay terrenos diferentes. La semilla que cae en un terreno inapropiado encuentra adversarios u obstáculos y no produce fruto. En el relato los terrenos son cuatro y van en progresión: desde el totalmente inepto para la siembra hasta el totalmente apto.

El primer terreno es el borde del camino, terreno duro donde la semilla no puede penetrar. Su destino es previsible: desaparece sin dejar rastro. **El segundo caso**, el del terreno pedregoso, está particularmente desarrollado y su clímax se precipita por la sucesión de verbos: «*brotó-salió-se abrasó-se secó*». Esta semilla vive más tiempo que la primera, pero sólo penetra superficialmente; el terreno no le ayuda. Por no tener raíz, el sol, que debía ser un factor de vida, le causa la muerte. El dato descriptivo «*por falta de raíz*», es particularmente sugerente e invita inmediatamente al oyente a mirarse dentro. **En el tercer caso** hay tierra abundante, pero está ocupada por malas hierbas que impiden el pleno desarrollo de la semilla: ésta germina, pero no llega a madurar. **El cuarto terreno** es el bueno, porque no sólo hay en él tierra abundante, sino que, además, está libre de obstáculos. La semilla fructifica siempre, y progresivamente alcanza un máximo: «*treinta, sesenta, ciento*».

La semilla es un germen de vida que exige condiciones favorables para desarrollarse. En los tres primeros casos se malogra la semilla, pero el daño se va causando en estadios cada vez más avanzados: en el primero, antes de germinar, desaparece; en el segundo, apenas brota, se seca; en el tercero, ya crecida, no grana. Jesús clasifica las disposiciones con las que se recibe su mensaje, como él mismo lo interpretará después a sus seguidores. El caso de la tierra buena, con su detallada enumeración de la abundante cosecha, expresa figuradamente el éxito del mensaje.

El número cuatro, que en la mentalidad judía indica totalidad, muestra que los casos citados compendian las posibles disposiciones de los que escuchan el mensaje.

Acaba Jesús la exposición del relato con una expresión que se enlaza con la forma en que empezó. Comenzó diciendo: « ¡Escuchen! » Y ahora acaba diciendo: « *El que tenga oídos para oír, que oiga* ». Jesús anima a la reflexión para comprender el significado de la parábola y sacar consecuencias personales. Es una llamada a la responsabilidad personal, porque el acento se situó en los distintos tipos de tierras.

Pero ni los Doce ni los otros discípulos que le siguen comprenden por qué Jesús utiliza parábolas. Porque el texto que hemos escuchado propuesto por la liturgia presenta una traducción no fiel al texto original; porque el texto original no dice que le preguntaron por el significado de la parábola sino que « *cuando se quedó a solas, los que estaban en torno a él le preguntaron con los Doce la razón de usar parábolas* », así en general. No entienden por qué utiliza parábolas, y al hacer la pregunta naturalmente se está indicando que tampoco comprendieron el significado de lo que Jesús había dicho. ¿Por qué no la comprenden? ¿Qué hay en sus corazones que les deja indiferentes al relato de Jesús? La respuesta no puede ser más que una: porque sus expectativas con respecto a él estaban en las antípodas. Piensan que el mensaje de Jesús no les va a exigir preparación, esfuerzo, reflexión para entrar dentro de ellos mismos. Se esperan otra cosa de él. Con esta idea preconcebida, la parábola del sembrador, que muestra cuatro disposiciones posibles en cada hombre y que no todas valen, sino que solamente con una de ellas puede el mensaje ser aceptado y producir fruto, resulta incomprensible para ellos, y que Jesús hable en parábolas les parece innecesario.

No contaban, pues, con que Jesús hablase de lo interior del hombre, sino sólo de su actividad. Esperan de él liberación o salvación, pero se imaginan que ésta se realiza solamente en el plano social, sin necesidad de cambio personal. Jesús, por el contrario, ha iniciado su discurso exponiendo las condiciones para la transformación interior del hombre, lo que no cuadra con la expectativa de ellos. Es la invitación que se nos hace a mirar dentro de nosotros mismos y examinar con qué tipo de tierra me identifico.

Jesús les responde que a ellos se les ha revelado el secreto del Reino, es decir, que Dios es Padre, y quiere serlo de la humanidad entera. Sin embargo hay otros «los de fuera»¹ que recibirán el contenido del «secreto» pero en parábolas, porque no han optado todavía por Jesús. Jesús quiere que primero se realice en ellos un cambio interior, que « *se conviertan* », de lo contrario es imposible que se produzca la acogida del mensaje.

¹ Recordar el evangelio de ayer (este de hoy es inmediatamente posterior a aquel) en que claramente se distingue entre dos grupos de personas: *los de dentro*, los que están sentados alrededor de Jesús, y *los de fuera*, símbolo de los que están atados todavía a las instituciones judías, incapaces de captar el mensaje.